



Queridas hermanas:

Anoche, 27 de enero, a las 23:00 p.m. (hora local), en la comunidad de Alba fue llamada a contemplar para siempre el rostro del Padre, nuestra hermana

**EPIFANÍA VINCENZA Hna. MARÍA VINCENZINA**  
**nacida a Matera el 3 de marzo de 1933**

Otra misionera que *brilla como una antorcha en la Iglesia de Dios* y en la Familia Paulina. Una hermana que contribuyó a la fundación y al desarrollo apostólico de la presencia paulina en el Congo, tras llegar a Kinshasa, la capital del antiguo Zaire, inmediatamente después de la llegada de las dos fundadoras, Hna. Basilia Bianco y Hna. Giuseppa Panarello. Una hermana que ha dedicado cincuenta y cuatro años de su vida a la misión, hasta que, ya anciana, acogió con disponibilidad y amor su ingreso en la Casa Madre. Su testimonio describe bien su fisonomía:

«Mis recuerdos de los primeros años aún están vivos. La alegría de comenzar de Belén. La presencia del Señor y su ayuda en muchas circunstancias. La alegría del pueblo congoleño cuando íbamos a visitar sus casas para difundir la Palabra de Dios, ¡incluso en contra de la voluntad de los Padres Scheuts, que no querían que hiciéramos propaganda! Recuerdo la belleza de una tarde de domingo: estaba en el jardín con las hermanas después de la celebración de las vísperas. Un señor llegó corriendo, casi sin aliento, y nos dijo: “Hermanas, por favor, véndanme el Evangelio. Sé que han visitado mi casa, pero yo no estaba. Por favor, denme un ejemplar...”. ¡Todavía puedo ver a ese hombre corriendo, sediento de la Palabra de Dios!».

La hermana Enzina, como todos la llamaban, ingresó en la congregación el 30 de marzo de 1949, en la casa de Roma. Tras algunos años de formación y experiencia apostólica en Crema, vivió el noviciado en Roma, que concluyó con la emisión de la primera profesión, el 19 de marzo de 1952. Durante el tiempo de la profesión temporal, aprendió el arte tipográfico en Alba y Roma, y en Milán pudo experimentar la misión itinerante. El 19 de marzo de 1957, emitió su profesión perpetua en Roma, y en la solemnidad de la Epifanía de 1958 (que ella consideraba su onomástico), la M. Tecla cumplió el deseo que albergaba en su corazón de ser misionera en África.

El sueño se hizo realidad unos meses más tarde, el 5 de agosto del mismo año, cuando llegó al Congo junto con la Hna. Elisea Scarpa. Pasó los primeros quince años en la imprenta de la Sociedad San Pablo, trabajando con la linotipia e iniciando a los jóvenes candidatos en el arte de la tipografía. Ella misma recordaba que había mucho trabajo. En aquella época se imprimían dos periódicos semanales, dos quincenales, tres mensuales, además de muchas reimpresiones del Evangelio y otras ediciones, con tiradas muy elevadas, para responder a la sed de Dios del pueblo. Pero Hna. Enzina no se encerraba en la imprenta, sino que aprovechaba cualquier ocasión para ir entre la gente e incluso adentrarse en la selva para difundir el Evangelio. En 1963 comunicaba con alegría: «Esta es la hora de África... cuando visitamos parroquias, la gente acude en masa a comprar libros».

En 1969, vivió la abolición de la revista de la Sociedad de San Pablo, *Afrique Chrétienne*. La imprenta fue cerrada y ella continuó su labor acompañando a los laicos en el taller de encuadernación de la Sociedad de San Pablo.

En 1975, tras pasar unos meses en la librería de Lubumbashi, fue la primera superiora de la comunidad de Kisangani, inaugurada ese mismo año en medio de la selva ecuatorial. Pero pronto tuvo que regresar a Kinshasa para asumir el cargo de superiora delegada y local. Al término de su mandato, desempeñó durante otros seis años el servicio de superiora en Kisangani y, a partir de 1986, en Kinshasa, se puso al servicio de las hermanas, especialmente como ecónoma de la delegación (durante cinco mandatos no consecutivos), pero también como consejera para el ámbito del apostolado y vice-delegada.

Precisamente en aquellos años, dio un gran impulso a las *librerías parroquiales* para impulsar la evangelización, la promoción humana y la reconciliación entre el pueblo, preparando adecuadamente a los responsables.

Su dulzura y amabilidad, su sabiduría y delicadeza conquistaban a todos. Tenía un alma gentil, muy sensible y una gran capacidad para expresar en versos la experiencia de la comunidad. Son memorables los *Te Deum*, los himnos de agradecimiento que entonaba al final de cada año bendiciendo a la Trinidad por cada acontecimiento feliz o triste y también por el don de atravesar junto al pueblo los períodos oscuros de la guerra y los tiempos luminosos de la paz. Su corazón estaba lleno de recuerdos y sentía la responsabilidad de ponerlos por escrito para transmitir la historia de las *abundantes riquezas* vividas por la delegación congoleña.

En el año 2012, su estado de salud le aconsejó regresar a Italia, a la comunidad de Alba. Escribía: «Estoy muy feliz en Alba y he retomado mis pequeñas tareas: ayudando en la cocina, pelando manzanas, en la lavandería, doblando la ropa y en la biblioteca, ordenando... Por supuesto, la oración es abundante, en primer lugar. En África adquirí la costumbre de levantarme a las 4:30 para preparar el desayuno a las hermanas y a los trabajadores; aquí, a la misma hora, ya no realizo obras de misericordia corporales, sino espirituales».

Desde hacía algunos años, su salud se había deteriorado debido a una fractura de fémur que le dificultaba caminar y la obligaba a permanecer en cama. En las últimas horas, debido a una grave gripe, su estado empeoró repentinamente y cayó en un sueño profundo del que ya no despertó.

A Hna. Enzina, que ya canta las alabanzas de Dios en la liturgia eterna del cielo, le confiamos las necesidades de la delegación congoleña que tanto amó y las jóvenes en búsqueda vocacional para que, siguiendo su ejemplo, tengan el valor de arriesgar la vida por el Evangelio.

Con afecto.

Roma, 28 de enero de 2026

  
Hna. Anna Maria Parenzan